

ESTAMPAS COLOMBIANAS

Escribe: ROBERTO PRADA RUEDA, O. P.

LA VILLA QUE COMBATIO EL CURA OVIEDO

Barichara es uno de esos pueblos, que la vieja raza de españoles tiró sobre los áridos y austeros riscos del legendario Santander.

La villa arranca su génesis propiamente desde la aparición de la Imagen de la Piedra, encontrada en lugar distante que hoy es arrabal de la ciudad. Don Francisco de Pradilla inició el pleito y trabajó por la independencia de los baricharas y fundación de la nueva parroquia. Se opuso a los deseos de Pradilla el cura de San Gil y célebre historiador colonial don Basilio de Oviedo. El pleito terminó con la derrota de éste y fundación de la nueva parroquia en 1753.

Barichara nació para el descanso de los ricos terratenientes blancos del Socorro, San Gil y Curití.

Zapatoca todavía no existía porque fue fundada por *patiamarillos* (1). Bucaramanga menos. Clima ideal, ni frío ni caliente. Humboldt lo coloca entre los mejores de esta parte de América. Durante dos siglos fue sede de la rancia y católica aristocracia santandereana, hasta que el genio del mal, la política macabra, ese cianuro de Colombia, abatió lo que allí valía y dispersó a los cuatro vientos del país y del mundo a sus más destacados y epónimos ciudadanos. Y dicen los viejos que desde entonces el clima cambió sus benignos aires y la tierra secó su entraña prolifera, que ya no da frutos de vida.

Barichara tiene dos hijas: la empinada, doctora y tozuda Zapatoca y la reciente y alevosa Villanueva, nacida de la violencia que apareció en Colombia.

“La Villa de la Pura y Limpia Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen María de la Piedra de Barichara” está situada en un plano incli-

(1) Apodo con que los sangileños señalaron a los habitantes de Barichara.

nado de norte a sur, sobre uno de los contrafuertes que enmarcan el célebre cañón del Suárez, frente a Galán y La Fuente.

A media hora, en automotor, está Guane, que es el abuelo de todos los pueblos del viejo y genuino Santander.

Tiene mi parroquia una iglesia, y esta es una de sus glorias, labrada en piedra que no desdice de los Campos Elíseos de París. Guarda esta iglesia un verdadero y auténtico cuadro de Vásquez y Ceballos y una escultura de la Virgen de Lourdes, tallada en granito parisiense, traída de Europa en las postrimerías del siglo pasado.

La localidad es alegre sobremanera, supremamente aseada. Las calles están pavimentadas con grandes losas de piedra, en tal forma —decía un turista— que la iglesia como que se prolonga en todas las vías de la ciudad.

La entraña barichara ha sido fecunda. Dio de todo.

Los libros parroquiales dan razón de dos presidentes (Aquileo Parra y Noriega, este último de la República de El Salvador, de padres bari-charas). Barichara dio a Colombia el primer obispo de la independencia en don Juan de la Cruz Gómez Plata. En esta tierra nacieron los Ilmos. señores Afanador y Cadena y Mogr. Pimiento, este de padres baricharas que arrojó la violencia. Generales de comunidades religiosas en la Madre Sofía, T. D., senadores en Emilio Pradilla. Barichara es la patria chica de don Francisco Serrano de la Parra, signatario del Acta de la Independencia y vocal de la Corte Suprema de Gobierno en 1810. Nuestras crónicas registran el nombre de una de las primeras mujeres colombianas que fue a la Constituyente, el de clérigos en todas las jerarquías que señala el Derecho Canónico, de religiosos en todos los institutos y multitud de profesionales y hombres de letras. Todas las profesiones que llamamos liberales en Barichara han tenido su representante. Y muchos buenos que aún viven como Micaela de Amaya y Ramona Sierra.

Y lo que sigue.

Teresa Alvarez Carreño era una joven de 21 años, nacida en la vereda de San José, tierra de cristianos viejos.

Ansiosa de ideales, ingresó en la Normal de Barichara, regentada por religiosas capuchinas. Allí caldeó su corazón para el heroísmo de la virtud y troqueló su ingenio con ideas plenas de entusiasmo y perfiló su mente en las aulas del saber.

En 1958, en la normal de Bucaramanga, acarició su cartón de bachiller-profesora.

Se hizo cargo de una escuela rural, en su vereda natal, porque pensaba así ayudar a la patria, a la iglesia y a su familia.

Pero, ¿qué sucedió?

Llega el aciago 3 de marzo de 1959. Duerme tranquila la joven maestra en compañía de una anciana. Suenan golpes en la puerta de la casa

y se presenta algo tenebroso. Una voz agitada por la pasión, grita con brutalidad: señorita, si abre, nada le pasa. Si no, forzaremos la puerta.

La futura mártir se levanta, abiertos los brazos con el santo rosario en sus manos, pidiendo sea confortada como los mártires del primitivo cristianismo.

Se abre por la fuerza la ventana. Saltan adentro las fieras lujuriosas. Teresa resiste. Trata de defenderse. Son varios los cobardes.

Los proyectiles del revólver perforan sus mejillas, sus sienas y cae sin vida.

Envuelta en la púrpura de su propia sangre yace en el suelo la víctima. Y una nueva María Goretti ha volado al cielo.

Esta escena macabra descrita pálidamente es el reciente capítulo de la villa que no quiso el famoso cura Oviedo. Es la obra del estado actual de putrefacción moral que azota a Colombia.

Barichara, que da de todo, nos regala hoy el espectáculo de una mártir al estilo de Inés, Lucía, Cecilia y Agata y tantas otras anónimas que con su sangre derrumbaron el carcomido y poderoso Imperio Romano.

VILLA DE LEIVA, TUMBA DEL TIEMPO

El curioso viajero que por vez primera cruce el trayecto comprendido entre Tunja y la vecina población de Tinjacá, en Boyacá, se lleva la impresión de que está atravesando uno de los lugares más tristes y yermos del país, ayuno de atracción y de este esparcimiento de nuestra época que se llama turismo. Pero vamos despacio. Porque en este triste, melancólico y hasta desolado cuadrilátero están situados y como escondidos, a la curiosa y profana mirada de los hombres. Lugares venerados, santuarios de la historia, en donde el alma de nuestras viejas tradiciones vive orgullosa y magnífica.

La Villa de Leiva —la ciudad de los virreyes— en los tiempos del tutelaje español fue ciudad edificada exprofesamente para el recreo y pasatiempo de los nobles de la península radicados en este Nuevo Reino de maravillas. Virreyes y presidentes, familias de linaje y gentes de dinero, sentían la urgencia de evadirse de las viejas y heladas casonas de la capital granadina, en busca de otros horizontes geográficos más generosos para el cuerpo y más propicios para el sensual deleite.

Y así surgió esta villa imperial.

Y fue el gran presidente don Andrés Díaz Venero de Leiva, de la estirpe de los condes de Baños y promotor de un nuevo estilo de administración en la Colonia, quien puso manos a la obra.

La soberbia arquitectura, los amplios salones, los balcones salientes y regimiento decorados y las mansiones blasonadas de los señores de la España imperial dicen todavía de la hidalguía y buen gusto del gran presidente.

El muy ilustre don Juan de Castellanos, conquistador, cura y poeta, levantó allí casa grande y de esquina en el marco de la plaza mayor; y a poco trecho surgió la principesca mansión del Marqués de San Jorge.

Muy cerca está, hoy espléndidamente restaurada, la Real Fábrica de Licores, *porque de todo debía haber en esta Villa del Señor.*

Por ahí están todavía en pie los viejos conventos de San Agustín y San Francisco con su pesada arquitectura de mendicantes, sus patios andaluces y sus claustros de alto sabor místico, por donde aún parece que vagara la silueta lenta y acompasada de los antiguos monjes.

La iglesia parroquial está todavía en pie (hoy al cuidado de los Padres Dominicos) luciendo sus preciosas filigranas talladas en madera, sus altares dorados, sus lienzos artísticos consagrados por la fama y por el óleo de los tiempos y mil preciosidades, reminiscencias aún de la antigua y decaída raza que unió a su grandeza y poderío el culto de lo espiritual.

En el rincón del Carmen, formado por el encuentro caprichoso de los cenobios y de la iglesia, emerge la sombra heroica de Bolívar, a las puertas del monasterio, alternando en amena y sabrosa charla con las pacíficas y devotas hijas de la doctora de Avila.

Pasaron los tiempos coloniales y sobrevino la gran gesta emancipadora. Y la villa consagrada estuvo presente en la epopeya con Antonio Ricaurte. Una lápida y el busto homérico en la plazuela de San Agustín señalan al viajero el solar natalicio del héroe.

En los albores de la República, la Villa fue escogida para que en su seno germinara el origen legal de Colombia, con el Congreso de las Provincias Unidas, celebrado en 1812.

Finalmente la Villa de Leiva tuvo el privilegio de ser la depositaria de los mortales despojos de ese gran patricio que se llamó don Antonio Nariño, muerto allí en gracia de Dios y en gloria de los siglos, el 13 de diciembre de 1823.

La Villa de Leiva fue declarada "Monumento nacional" y debe el gobierno mantenerla con la dignidad que ella merece. Hoy todavía es la *tumba del tiempo!*

LAS CAMPANAS DE GIRÓN

La tierra, buena, generosa y adusta, altiva y heroica, fuerte, sufrida y huraña: crisol de arcilla bárbara armoniosa en donde mezclaron su estirpe gallarda guanes, yariquíes, chitaredos, tudescos y españoles, también tiene un santuario.

Para cantar la Villa de San Juan de Girón me tengo que adentrar por mil senderos —cofres de hazaña y de leyenda— y decir la loa de la tierra reseca y bruniada de la hoya del Chicamocha y ponderar la sierra montañosa y la llanura inhóspite del Opón y del Carare, los aluviones

del Río de Oro, el espinazo cabrío, árido y angustioso de Palonegro, la gracia castellana de mis ciudades, los cañaduzales de Floridablanca y Piedecuesta, el amigo tabaco —placer de los dioses— las tufaradas de miel, el oro negro de Barranca y del Catatumbo, las fieras, el hombre, el Río de la Magdalena, el paisaje, en fin, de esta tierra borracha de epopeyas.

Por eso los ríos, esas "*Venas azules del paisaje*", al pisar tierra santandereana, pierde el equilibrio y la delicada medida que les regalan las brisas parameras del altiplano y se cambian en soberbios y tumultuosos, en desordenados y rebeldes, porque saben hacer su entrada triunfal a la tierra brava como sus montañas y como sus hombres.

En los flancos, laderas y espinazos de la rugosa cordillera que se bifurca soberbiamente están los pueblos y ciudades, tirados ahí no más en la verdura del paisaje, como pañuelos blancos, con edificaciones regadas en armonioso desorden, unas con tintes de modernismo, las más con el sello característico de mis pueblos de Santander.

Esta tierra está plena de atractivos, de embrujo, de leyendas, de luz, gentileza y armonía.

Corrientes rumorosas ofrecen cristalinas aguas para agrado del cuerpo y remozo del espíritu; valles nemorosos fáciles a los goces, de la soledad, multísonas voces, animada algarabía de hombres y mujeres que departen en la más sincera y alegre amistad y en el compañerismo más comunicativo; cañaduzales vigorosos de hojas siempre verdes, vibradoras al ímpetu del viento; molinos chirreantes y quejumbrosos, de acerada y temblorosa entonación, y mozos garridos y apuestos, diadema y corona de familias patriarcales.

El bravo sol tropical es allí más ardoroso y brillante sobre el lomo azul del cielo santandereano. Y la noche más hermosa con su floración de estrellas, con sus mil ruidos misteriosos, con sus leyendas y fantasías.

Esta es la tierra buena, generosa y adusta, en donde el labriego con su lenguaje espartano, salomónico y duro, con sus costumbres patriarcales, tradiciones severas y normas de vida, invariables como dogmas, es la *siquis* de esta gloriosa región de Colombia.

Sobre este telón de fondo se levanta la Villa de San Juan de Girón, sentada sobre un ameno valle, acuartelada por el áureo río, con toda la majestad de una anciana reina visigoda.

Y su grandeza de antaño y de hogaño es el Cristo de los Milagros. El aglutina todos sus habitantes y llena de místico encanto su localidad, sus calles angostas, su iglesia y hasta la ceiba de la plaza mayor que es tan chiquita como muchos de sus moradores.

Y las campanas, tan célebres en toda Colombia —oro puro con poca mezcla de bronce— se oyen en Bucaramanga, Lebrija y Palonegro. Son la imagen viva de los hijos de Girón: nobles como el oro, fuertes como el bronce.